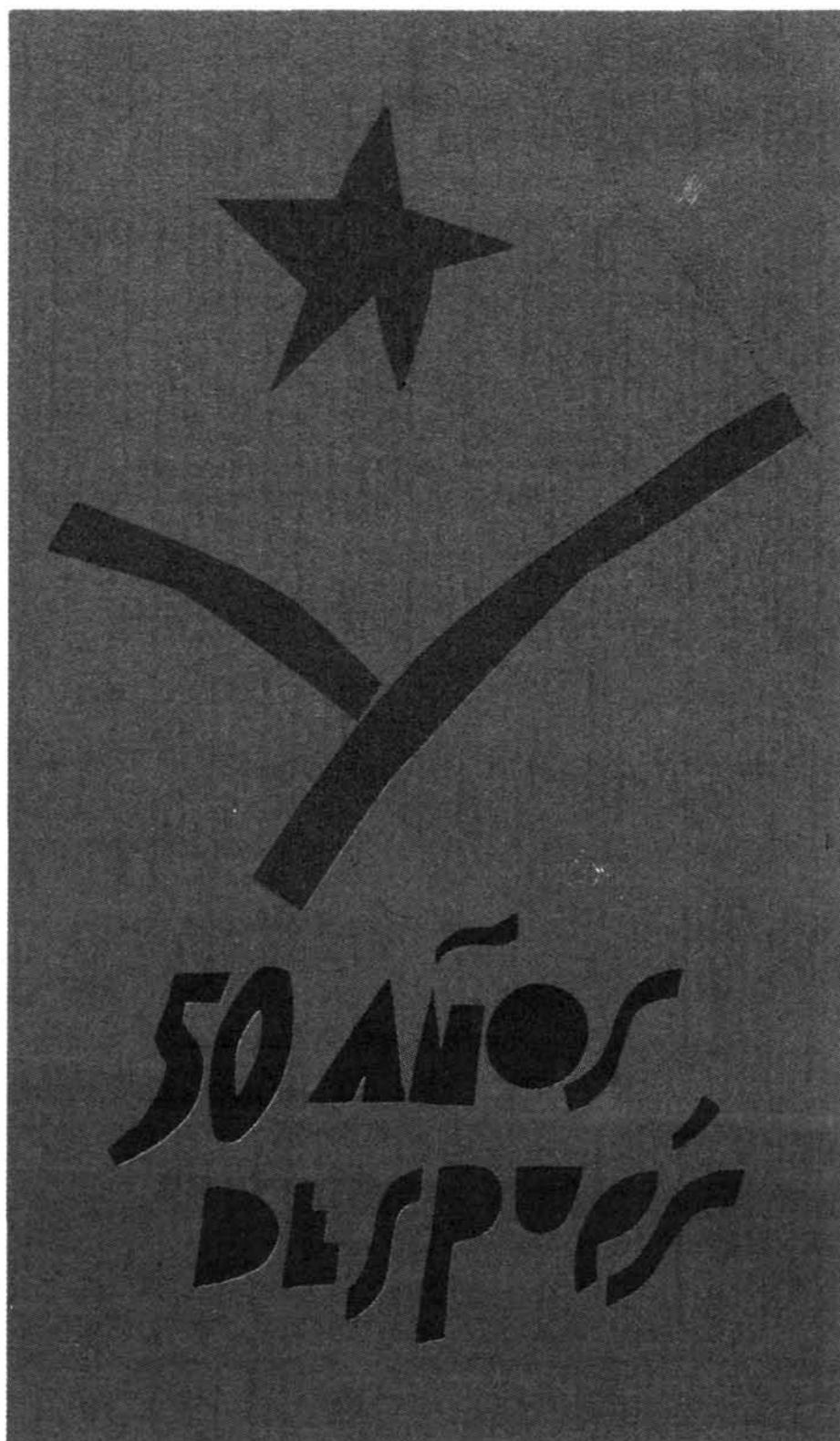


compatriota». De las 50 páginas que cubre mi artículo en la Revista Iberoamericana, sólo una y media se refiere a Moro: ¿hasta qué punto le habría chocado a Larrea para que, al sintetizar mi trabajo en tres párrafos, consagrara uno a esa referencia? Lo cierto es que, desde entonces, la autoridad de Moro como poeta se ha ido afirmando. No ceo que tenga interés averiguar si ha llegado a «competir» con la del autor de Trilce, y dejo ese problema de «competencia» o «competición» a los herederos de Larrea, si los hay. Simplemente, hoy no se halla revista abierta a la poesía, en todo el ámbito hispánico, dentro o fuera de la geografía propiamente hispana, en Europa y en América, que no estime honroso conseguir algún inédito del poeta de La Tortuga, y, por los dos últimos viajes que hice a Lima, en 1973 y 1980, sé que tanto la prensa como la juventud están ahí pendientes de más información sobre Moro. Sería ridículo pensar que, mientras tanto, Vallejo ha empezado a significar menos; sólo que no significa todo: a su lado caben quienes figuren una cara distinta de la verdad global de nuestro mundo, tal como nos toca, cada cual por nuestra cuenta, experimentarla y, asimismo, tratar de expresarla.

⁵⁰ Las tesis «teleológicas» de Larrea siempre me han parecido adolecer de dos defectos mayores: su excesivo españolismo y el que constantemente entreveren el elemento moderno con el elemento tradicional. Pero, sería demasiada materia. No voy a examinarlas, ni siquiera lo que de ellas pasó en los dos largos alegatos que, en 1969 y 1971, Larrea tejió más particularmente contra mí. Tan sólo historiaré, con detalles que hasta ahora reservé, la disputa que nos opuso, en la medida en que ilustra la actitud intelectual de Larrea, la que, de por sí, deja entrever lo que tiene de «sospechoso» el «sistema» que, en parte, le inspiró. Alguna vez tenía que resolverme a hacerlo. Para las Conferencias Vallejianas de 1967, que reunían «especialistas» de «diversas nacionalidades», Larrea se había reservado dos turnos de palabra: el primero de la sesión inaugural, y el segundo y último de la final. Así abriría con alfiler de plata y cerraría con broche de oro el evento. En realidad, cuando de «vallejismo» hablaba, y lanzaba convites a «vallejistas» de acá y acullá, Larrea establecía dos planos: uno, inferior, en que se movían los demás, todos los demás, y en el que ocasionalmente él intervenía para aportar un dato, apoyar o rectificar una interpretación; y otro, muy por encima del primero, que era su dominio exclusivo, donde no toleraba que alguien más pretendiera incurrir, salvo que fuese con ánimo de aplaudirlo. Había quedado claro en el Simposium de 1959, la primera manifestación «internacional» que convocara en torno a la figura de Vallejo. Aquella vez, las «sesiones» fueron consagradas, la primera a la vida del santiaguino, la segunda a su obra poética, la tercera al significado de ambas. Se estaba en la tercera; los exponentes habían sido A. Orrego y, al último, por supuesto, Larrea. En la discusión que siguió, S. Yurkievich intervino para «disentir» de la exégesis que acababa de presentar el dueño de casa «con respecto al significado de la vida y la obra de Vallejo». He aquí lo que Larrea luego le contestó: «Me ha parecido que cuanto ha expuesto el profesor Yurkievich correspondía a la sesión de ayer, dedicada a la obra de Vallejo. Creo, realmente, que, por interesante que fuese cuanto ha dicho, no es sino una prolongación de los temas que dejamos atrás. Hoy estamos ocupándonos del significado de la vida y de la obra de Vallejo, mirándole en una dimensión diferente, razón por la que opino que no debemos retrotraernos a aquella situación». Y, poniendo término al asunto: «Si, de otro lado, le satisface» —a Yurkievich— «quedarse en la epidermis del fenómeno, según he dicho, ello es cuenta suya» (Aula Vallejo, 2-3-4, p. 265). Separaba bien los dos niveles: el de la «obra», en el que cabía el debate estético, abierto al que tuviere bagaje académico, que, sin duda, podía alcanzar «significados», pero éstos, aislados, limitados al texto en sí y a su contorno, la «epidermis del fenómeno» estético; y el del «significado» global de la «obra», en relación al conjunto de la aventura humana, una «dimensión» superior, de los fines providenciales de la Historia, a la que no había modo de acceder si no se entraba primero en las razones de la «teleología» de Larrea. Larrea, por lo tanto, aceptará que, en esa tercera sesión de 1959, antes de él se explicara Orrego, porque reconocía en el discurso del primer prologuista de Trilce como un «antecedente» del suyo; se negó, después, a discutir con nadie sobre los juicios que desarrolló, limitándose a precisar acerca de uno que otro punto. Era comprensible su ira, cuando en las Conferencias de 1967, ya al tratar de Vallejo y el Surrealismo, me metí en sus dominios, trayendo a colación El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo, un estudio antiguo, es cierto, pero que estaba por reeditarse. Ese día, con pretexto de la hora tardía en que terminé de discurrir, supo eludir la controversia. Pero, al día siguiente, no me perdonaría que, después de que le tocara a él disertar sobre Darío y Vallejo, poetas consubstanciales, y la sala prorrumiera en aplausos que, pensó, habían de concluir el acto, me atreviera a preguntarle algo. «—Como abogado del diablo, ¿no?»: iniciamos un intercambio de razones cuya transcripción ocupa las pp. 299-309 de Aula Vallejo 8-9-10, pero que redundó en diálogo de sordos, ya que Larrea sólo entró en él a regañadientes y buscando la manera de cortarlo. En vez de aceptarla como un pretexto, prefería considerar mi ponencia como un texto cerrado y definitivo, frente al cual no le interesaba prolongar el debate, que había sido mi intención fomentar, sino verse libre para sentarse a borronear cuartillas que la hicieran trizas de punta a cabo. A las dos semanas más o menos de volver a Buenos Aires, tuve la visita de un universitario cordobés que había seguido las Conferencias, que me informó que Larrea ya estaba preparando su «respuesta», en la que decía a quien quería oírlo que nos iba a «hundir a Breton y a mí». Lo había enfurecido aún más el comentario que, al día siguiente de terminar la reunión, en su edición del 21 de julio, La Voz del Interior, el único periódico local que la cubrió extensamente, agregó para lamentar que en ella no se hubiera discutido mi «comunicación», y asimismo aplaudir que mi presencia, de todos modos, dejara abierto «el camino para un inevitable y necesario esclarecimiento alrededor de Vallejo, destruyendo malos entendidos,

volteando mitos y, fundamentalmente, ubicando a Vallejo en su alta y propia situación de poeta, sin demasiadas connotaciones de extraña índole». A pesar, o en razón de su orgullo, con mucho de luciferino, en un sentido que, aunque lo rechazara, hubiese entendido, el gran solitario que era Larrea simultáneamente se moría por la publicidad. Mientras dedicaba sus ocios —según me avisaron y no tardó en confirmarse— a juntar pruebas contra mí, trataba todavía de valerse de mis buenos oficios. Fue así como, con corto intervalo, me llegaron dos cartas suyas, tan amistosas como antes, en las que me pedía que averiguara por qué en Primera Plana, el semanario porteño de más prestigio por aquellas fechas, no había salido nada sobre el evento cordobés, a pesar de que su director, Ramiro de Casabellas, había sido uno de los participantes. Copio un párrafo particularmente demostrativo: «Lo de Primera Plana es para mí y para quienes actuaron de secretarías durante las Conferencias el más tupido de los misterios. No presenta ni el mayor asomo de explicación. Casabellas es un vallejista, aunque no extraordinariamente inspirado, absolutamente convencido (...) Se esperaba que (...) echase la revista por la ventana, razón por la cual, junto con la carencia de verdaderos estudiosos de Vallejo en la Argentina, se lo invitó. No parece haber en su semanario oposición a Vallejo (...). ¿Oposición a quién, para que ni hayan mencionado siquiera el último volumen de Aula Vallejo? ¿A mí, a mis tesis revolucionarias en el orden del Espíritu, y frente a las cuales se viene adoptando desde muy largos años la política de apagarlas? No imagino en este caso por parte de quien, a no ser que de pronto y vaya a saber por qué razones sea el propio Casabellas. Siéntase un poco Sherlock Holmes y averigüe...». A fines de ese mismo año o principios del siguiente, recibí aún de Larrea su libro *Del Surrealismo a Macchupicchu*, que incluía la reedición de *El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*, ensayo del que, evidentemente, no renegaba, aun cuando me vituperaría por haberlo llevado al tapete en Córdoba, siendo «sin actualidad alguna» (*Aula Vallejo*, 8-9-10, p. 316). A la vez que seguía fingiendo una «cordialidad» que de existir de veras hubiera consentido entre nosotros el debate «civilizado» que vanamente pretendí, la dedicatoria con que venía el ejemplar que me destinó decía a las claras que consideraba sus páginas, como todas las que escribiera desde 1940 como un hito en la elaboración de su «teleología»: «Muy cordialmente a André Coyné, estas derivaciones del ensayo tan censurable a su juicio, como lo es al mío su censura». Sea como fuere, se interrumpieron entonces nuestras relaciones, hasta que me vi forzado a reaccionar al folleto César Vallejo frente a André Breton, separata —como ya indiqué— de la Revista de la Universidad Nacional cordobesa, del que me enteré algo tarde, por haberme trasladado en el intervalo a Madrid. Ya que en dicho trabajo «rebatía», una disertación mía a la que nadie podía referirse, cuando a él le correspondía como responsable de las Conferencias Vallejianas publicarla en las Actas antes de ponerse a refutarla, le escribí que me sentía desligado de todo compromiso hacia Aula Vallejo y que, por lo tanto, iba a ofrecer mis páginas a la Revista Iberoamericana de Pittsburgh, que me solicitara una colaboración. No voy a reproducir la filípica, totalmente desatada, con la que, en respuesta, Larrea me gratificó. Para mostrar cuán fácilmente, en el fuego de la polémica, él perdía los estribos y caía en esos «lapsos» y «arbitrariedades» que, no sin razón, a veces, criticaba en algunos de sus contrincantes, aduciré dos ejemplos que me dispensarán de escribir más. La Advertencia Preliminar que, en *Aula Vallejo*, 8-9-10, p. 313, encabeza su atropellada Respuesta diferida sobre «César Vallejo y André Breton», después de tergiversar las circunstancias de nuestra «ruptura», insiste en que dicha Respuesta «contesta no sólo a los conceptos vertidos» por mí «en la sala de Conferencias, sino también y con mayor motivo a los expuestos en (mi) segunda y retocada versión» —la que entretanto había salido en la Revista Iberoamericana—, «puesto que en ésta (me) refería a algún trabajo (suyo) que —con el propósito de remediar siquiera un tanto (mi) desconocimiento acerca de (su) forma de pensar— (me obsequiara) con posterioridad a nuestras reuniones». El «trabajo suyo» a que Larrea aludía no podía ser sino su Teleología de la Cultura, publicada en México en 1965, que, de hecho, constituye, para quien todo ignorara de él, la mejor introducción a su «pensamiento». Lo cierto es que Larrea me había regalado ese librito, pero no —como afirma su Advertencia— «con posterioridad a nuestras reuniones», en que, en ningún momento, llegamos a hablar a solas, sino el año anterior, cuando mi segundo viaje a Córdoba que menciono en la n. 4 de este capítulo, que conversamos una tarde entera en su casa de Jardín Espinosa y fue cuando me anunció su proyecto de organizar las que serían las Conferencias de 1967, dedicándome simultáneamente sus «vaticinios culturales», en calidad de «vallejista y amigo». De haber entonces —en 1966— «desconocido» totalmente su «forma de pensar» —lo que distaba mucho de ser cierto— hubiese tenido tiempo de remediar mi falla antes, y no después, del evento cordobés. El simple hecho de que para tal evento haya escogido tratar un tema a través del cual —según el propio Larrea— me proponía «desacreditarlo autoritariamente y reprobar algunas de las ideas favorables al destino de América» desarrolladas en uno de sus «ensayos», bastaría para demostrar que no «desconocía» sus tesis al llegar a Córdoba, cuando el principal «objeto» de mi discurso habría sido impugnarlas. Por lo demás, las diferencias que presentan las dos «versiones» de mi ponencia, tal como la pronuncié, apremiado por el tiempo, y tal como luego la redacté —cualquiera puede comprobarlo comparando *Aula Vallejo* y la Revista Iberoamericana— no pasan de las normales entre una improvisación oral a base de algunas notas y su consecuente elaboración escrita. Sin contar que los «ensayos» de Larrea —cosa más bien de elogiar— nunca fueron independientes uno de otro, y es el mismo «pensamiento» el que corre en *El Surrealismo* entre Viejo y Nuevo Mundo y en la Teleología de la Cultura, concebida, ésta, como una recapitulación, «una relación sucinta de la cuestión». Mi segundo ejemplo, creo que resulta aún más explícito. A su Respuesta Diferida, Larrea añadió, cuando la publicó en *Aula Vallejo*, un Post Scriptum motivado por la pu-

blicación de mi libro César Vallejo, Nueva Visión, Buenos Aires, 1968. En la discusión prontamente abortada que, de todos modos, se originara el último día en Córdoba, amén de no escucharme cuando le reiteré que no era ni nunca había sido propiamente surrealista, el primer argumento que el «teleólogo» me había opuesto era que era «demasiado europeo» para entrar en su «teleología»; a lo que no había tenido más remedio que replicarle que, en realidad, él me parecía «más europeo que yo», con que confieso que muy poco adelantábamos. Ahora bien, en el citado Post Scriptum, del 24 de noviembre de 1968, pasado un año y tanto desde las Conferencias, Larrea reincide en su acusación, prueba que la tomaba en serio, y, esa vez, se le va por completo la chaveta. La «causa determinante» de mi «comportamiento» hacia él y sus «convicciones teleológicas», la encuentra en mi condición de «francés de Europa», convencido de «la supremacía de la cultura francesa sobre la aún en ciernes» de los «jóvenes» países americanos. Es lo que me habría llevado a «difundir con motivo y contra Vallejo las maravillas del Surrealismo de Breton y hasta las afrancesadas de César Moro» (no cabía duda de que le había dolido la cita de Moro). «En suma, «con Georgette y compañía», habría yo seguido «pensando Vallejo a la francesa y no con la lengua de esa Madre España (...) en cuyas manos el poeta encomendó su espíritu», todo lo cual nada más que para hacer «méritos», en medio de «la crisis actual de Occidente», en mi carrera de «celoso funcionario francés.» Quod erat demonstrandum! Frente a esas «estimaciones» del director de Aula Vallejo, me limitaré a observar que si, de veras, me preocupara «la supremacía de la cultura francesa» tendría que asumir la «totalidad de su herencia», sin ponerme a escoger entre sus más prominentes exponentes. Pues bien, ya en el comienzo del debate de Córdoba, y más aún en el A modo de apéndice, que pospuse a mi Vallejo y el Surrealismo al entregarle a la Revista Iberoamericana, tuve oportunidad, entre otras cosas, de oponer, ya que de poesía se trataba, las «profecías» optimistas de un Hugo, que precisamente tanta influencia tuvieron en la América «romántica» y todavía en la «modernista», a las «profecías» pesimistas de un Baudelaire, rechazando de lleno las primeras para adherirme, al contrario, a las segundas. Por otra parte, si mi intención en Córdoba había sido —conforme pretendía Larrea— hacer «la apología de Breton y su humanismo surrealista» en detrimento de Vallejo, no veo cómo dicha «apología» me habría podido servir para «defensa e ilustración» de la «cultura francesa», ni tampoco europea en general, cuando los surrealistas, si bien actuaron primero que todo en París, de entrada denunciaron la «civilización occidental» de los últimos siglos, con sus bases «racionalistas», reclamándose más bien del Oriente (sin que venga al caso discurrir ahora lo que había de «dudoso» en su reclamo). Sobrarían las citas. Valgan las siguientes, todas de 1925, al año del Primer Manifiesto: «Europa se cristaliza, se momifica lentamente bajo la envoltura de sus fronteras, sus fábricas, sus tribunales, sus universidades»; «Con todas nuestras fuerzas, deseamos que las revoluciones, las guerras y las insurrecciones coloniales vengán a aniquilar (la) civilización occidental (...) y clamamos por semejante destrucción como por el estado de cosas que nos parece menos inaceptable para el espíritu»; «Somos seguramente unos Bárbaros, ya que cierta forma de civilización nos repugna. Donde reina la civilización occidental, todos los lazos humanos han dejado de existir, con excepción de aquellos que tenían como razón de ser el interés, el duro pago al contado»; «La época moderna ya terminó su tiempo, lo estereotipado de los gestos, los actos, las mentiras de Europa ya remató el ciclo del asco», y asimismo: «Sacerdotes, médicos, profesores, jueces, abogados, policías, académicos de toda clase, vosotros que firmáis ese papel imbécil: Los intelectuales juntos con la Patria, os denunciaremos y confundiremos en cualquier circunstancia». Sería, ahora, absurdo considerar siquiera la acusación de funcionarismo que sólo se le podía ocurrir a alguien ya totalmente fuera de sus cabales. A la sazón de las Conferencias, yo enseñaba en la Universidad de Buenos Aires y en los dos Institutos Superiores argentinos del Profesorado; era, por lo tanto, docente, al igual que los demás participantes, con excepción de Casabellas, el director de Primera Plana. Pero se ve que a Larrea, una vez que dio con él, le gustó el argumento, pues, si en la «lista alfabética de invitados» que, en julio de 1967, circuló en el Acto de Córdoba, figuraba como «Licenciado André Coyné, poeta y crítico francés, autor de importante monografía sobre Vallejo y numerosos artículos acerca del mismo» (no sé por qué «Licenciado», como si me recibiera en México, mas, en fin, «vallejista»), cuando, en 1976, volvió a salir en volumen en Madrid la Respuesta Diferida, con unos Antecedentes que incluían nueva nómina de quienes intervinieron en el ciclo vallejiáno, a los demás se los designaba por la Universidad en la que cada uno se desempeñaba, San Marcos de Lima, New York, La Plata, Montevideo, Santiago o Liverpool, y únicamente a mí como «del Servicio Cultural de la República Francesa». Queda el reproche de hallarme confabulado intelectualmente «con Georgette y compañía» (la fórmula, en sí, era un hallazgo) por nuestra común calidad de franceses. Durante años, he podido ser amigo de C. Vallejo (como lo fui, de otro modo, con Larrea) y hasta colaborar con ella, en 1957, para un número de la revista Les Lettres Modernes parcialmente dedicado a Vallejo. Nunca concordé en lo mínimo con su visión de la obra de su marido, y nuestro desacuerdo al respecto, en 1967, ya se había hecho suficientemente público para que no tenga por qué extenderme. Lo interesante es que Larrea estaba perfectamente enterado, ya que, en carta del 9-XI-67 —una de las que me mandó después del encuentro cordobés, porque le preocupaba el silencio de Primera Plana— me escribía: «Supongo (...) que esta vez le ha tocado a usted ser el punching de Georgette. Enhorabuena. A todos acaba por llegarnos nuestra hora».



1937 ████████████████████ 1987
CONGRÉS INTERNACIONAL
D'INTEL·LECTUALS I ARTISTES

VALÈNCIA 15-20 JUNY
Palau de la Música i Congressos